

espíritu. No resucitó, como en la noche de la temida entrevista con su marido, el arrepentimiento purificador. No tenía ella por qué arrepentirse. Al contrario: un sordo instinto de destrucción y de venganza hizo que se debatiera a poco en la apoteosis del derroche, del goce, del brillo social. Agobiaba a don Miguel con exigencias enormes. Hacíase pagar caras sus caricias. Llovían las facturas de almacenes y joyerías; la modista estaba en sus glorias. Dióle a la singular dama por entregarse al deporte de la equitación, y adquirió, a precio subidísimo, un caballo inglés, *pur sang*. Tocada por la manía de las antigüedades—que por entonces se hallaba en boga en casa de Berta Güemes—, hubo de comprar algunas valiosas chucherías: porcelanas de Sévres y de Sajonia, vasos de Talavera, bordadas casullas, cofrecillos, conventuales sillones... Contrariada por el gesto de amostazado buen gusto que hizo Onzarza y Perrín al considerar el efecto de tales primores en la sala alhajada a la moderna, ideó cambiar totalmente el mobiliario de la casa. Se le antojaba ahora burgués y chillón.

Y don Miguel Bringas, pálido, tembloroso ante el desastre que se avecinaba; metido ya de cabeza en los negocios dudosos, en las transacciones sucias; abriendo hoy un agujero para tapar otro mañana—según el decir vulgar—, inclinábase, sumiso, ante las imperiosas chifaduras; ocultándolo todo a su hija, disimulando a sus ojos con arte extraordinario; conforme con el infierno de su vida—infierno de sacrificios constantes—, con tal de entrever el paraíso cuando Sofía, a las altas horas, le dejaba franca la entrada de la alcoba.

La culpable, en la carrera desenfundada, loca, del placer, a que se lanzó, asistía al triunfo de su hermosura y boato en todas partes: en

los salones, en las calles, en el Bosque. A su paso se inclinaban los hombres, rëndidos. Habían corrido misteriosas historias acerca de su pasión por Bazán, hoy concluída, y todos esperaban obtener su parte en la abandonada mesa del festín. Ella los despreciaba sordamente. Su vida ostentosa y casta satisfacía la embriaguez reclamada por su desesperación latente.

Vivió en un mes lo que no había vivido en dos años. Un sábado por la tarde—el 8 de febrero de 1913—, como se sintiera enferma de tedio, fué en pos de Berta Güemes. Era el onomástico de su amiga, y por cariño a ella—la eterna acompañante en sus correrías mundanas—, tanto porque en su propia morada sentía asfixiarse, se dirigió allá, poco antes de las cinco.

Ocupaba Berta una linda casa en la calle del Eliseo—misteriosa, discreta—, al fondo de ancho jardín. El salón, que propiamente semejava bazar de antiguallas, pletórico de invitados se veía: banqueros, comerciantes, ministros, periodistas, todo revuelto entre familias de esa alta clase media que en México se apellida la *high-life*, por más que se encuentre lejos de la semiaristocracia de las viejas casas de colonial abolengo. Pululaba allí la turba de encumbrados por aventura o por dinero, entre los cuales el abuelo había sido albañil enriquecido por las contratas, o general regodeado por el pronunciamiento, o abogado cuyo bufete prosperó al amparo de las dictaduras... *e tanti altri!*

Profusión de flores dondequiera. En el jardín, una orquesta «típica» que esparcía entre los follajes dorados por luz crepuscular, las melodías sensuales y dolientes de las danzas mexicanas o los compases de honda languidez de un vals de Juventino Rosas... —Se cantaba; se bailaba; se reía... La dueña de la casa, con

aplauzo anticipado de los gaceteros, lucía su *savoir-faire*; aquel modo de ser elegante, de acicalada negligencia, que tan bien sentaba a sus ojos de color sepia, a su boca irónica, a su arrogante cabeza negrísima, a su belleza toda, petrificada en la treintena, merced a los artificios de tocador, a pesar de que ya había rebasado con largueza el peligroso límite de los cuarenta.

Su marido, el ingeniero Güemes, aparecía desairado junto a ella, tan chaparrito, tan triqueño, tan insignificante. Mostrábase obsequioso y fino con un caballero alto, delgado, de buen ver—gran personaje de la nueva hornada, que había sustituido a Ondarza, el de la Dictadura. El cual no faltaba tampoco allí, resignado con su suerte, correcto, impecablemente vestido, serio, con el inseparable monóculo en el ojo izquierdo.

Sofía se encontraba a sus anchas en aquel ambiente de bullicio estruendoso. Su entrada produjo inusitado alboroto. Tenía una extraña seducción con la marfileña palidez de su rostro y las luces misteriosas de sus pupilas de obsidiana. Su pantorrilla gallarda, esbelta, fina, asomaba, arriscada, por la abertura de la falda de seda malva, que se untaba al cuerpo robusto y a un tiempo mismo frágil.—Como sintiese alguna fatiga, placióle quedarse en un rincón de la dilatada estancia. Desde allí, a la par que dominaba la vasta perspectiva del jardín invernal, asistía como espectadora de primera fila al desarrollo de la tertulia en el salón. Hízole compañía, por breves instantes, el Vizconde de Tierras Negras. Grata le parecía la charla vaporosa, insinuante, vacía, del noble portugués, el cual, para ella, encerraba un supremo encanto: poseer blasones.—Platicó, aunque a distancia, con la viuda de Holden,

una vez que ésta no pudo retener más a su lado a Pepito, el sietemesino novio de Niní, por quien mostraba ahora viva afición. Doña Lola Alcalá, la esposa del Subsecretario de Guerra, hacíale de lejos señales cariñosas, impedida de hacerse oír por el susurrante vocerío que a modo de rumor de colmena allí dominaba.

Aplacóse éste cuando el maestro Núñez, sentado al piano, hizo estallar dos sonores acordes. La voz cariciosa de Elisa Alcalá hubo de escucharse luego en una cautivadora romanza de Gabriel Fauré. Poco antes de concluir, la figurita rubia, de pupilas grises, que hasta entonces se recatara en la penumbra acentuada por la lluvia de azul del crepúsculo, se vió nimbada por el luminoso esplendor de la gran araña de cristales encendida de pronto.

En el salón se dejaba sentir un calor asfixiante, que no atenuaban los balcones abiertos ante el jardín. Flotaban en la pesada atmósfera turbadores perfumes de flores; confundidas esencias que de las ropas se desprendían; emanaciones de carne humana apiñada, pues que de las numerosísimas relaciones de Berta Güemes, buena parte había concurrido para festejarla.—Sofocada, Sofía se refugió en un balcón. Ligera impresión frígida regalaba su cuello desnudo. En amenísima charla estaba en aquel apartado lugar, momentos después, con doña Beatriz—la señora morena, de peregrino encanto tropical, con quien tropezó, en ocasión memorable, en casa de las Alcalaes—, cuando ésta, que era muy dada a cosas de arte, lanzó una exclamación de regocijada sorpresa:

—¡Cómo! ¡Anda por aquí Luis Urbina!

Asomáronse las dos tras de las cortinas. En efecto, el poeta, a quien había presentado poco antes a la dueña de la casa un su amigo, se ha-

llaba en mitad del salón, y con su habitual sonrisa de ironía tímida que iluminaba el rostro trigüeño, iba a recitar, contra su costumbre, en tertulias mundanas, y sólo obedeciendo a reiteradas instancias de la festejada dama.

Tan sólo de nombre conociale Sofia, y no dejó de inspirarle curiosidad aquel hombrecillo, bajo de estatura, regordete, de ancha y despejada frente, sobre de la cual se arremolinaba el pelo negrísimo y rizado; de labios, cuyo grosor no disimulaba el escaso bigote; de manos femeninas, que tenían singulares gestos expresivos en la acción lenta.

Recitaba Urbina *La balada de la vuelta del juglar*:

*Dolor: ¡qué callado vienes!
¿Serás el mismo que un día
se fué y me dejó en rehenes
un joyel de poesía?...*

Tenía una seducción íntima, profunda, la voz del poeta, grave y velada, al decir el verso. Su ademán sobrio, que subrayaba delicadamente la palabra, hacía surgir en derredor la magia de la emoción contenida. Sofia le siguió, atenta. En el carnaval embriagador y profano de su vida, la voz de la eterna poesía alcanzaba a remover, en el fondo de su alma, la pasión dormida. Fué, pues, con honda melancolía, como hubo de reclinarse en el barandal del balcón, cuando una vez ahogada la última frase del poeta por discreto aplauso, advirtió que su amiga había desaparecido y que ella se encontraba sola.

Pasó algún tiempo, de olvido, de ensueño. Sentíase abandonada y triste, a un paso de la fiesta. Allá abajo, en las sombras del jardín, cantaba la fuente.—Sobre la arena crujiente

de algún vial se escucharon pisadas. Atisbó Sofia. Una silueta se perfiló, avanzando, bajo de los árboles. Estremecida, reconoció, a la radiante claridad que salía del vestíbulo, a Jorge Bazán que llegaba.

A las ocho ofreció Berta Güemes un *lunch-champagne*. Reinaron en el amplio comedor gran zambra y barullo. En torno a la mesa—engalanada con orquídeas, que destacaban sus misteriosas corolas en un mar de cristalería frágil—, los invitados, en pie, probaban de las exquisitas viandas. Culminaba la gracia alada del *flirt*. En el rumor de voces entretejíanse a veces los acentos de varios idiomas: era la seducción amorosa del francés; la nota argentina del italiano; el inglés, suavizado en bocas de rubias *misses*, y hasta el bronco alemán, que la viuda de Holden no se desdeñaba de hablar con su compañero y paisano el ministro.

Ondarza y Perrín cumplimentaba a la señora de Bringas.

—Está usted irresistible Sofia...

Pero la plática, entre ambos, no llegó a adquirir completa fijeza, encerrándose en tema determinado, a pesar de los requiebros del antiguo senador. No quitaba ojo don Manuel del joven personaje que, solícitamente atendido por Berta y su esposo, mojaba frecuentemente los labios en la copa de rubio *Johannisberg*. Ni tampoco Sofia podía disimular el interés con que avizoraba el otro extremo de la mesa, don Jorge Bazán, sonriente, servía delicadas lonjas de pavo a la lindísima hija del plenipotenciario de Francia.

La vida es triste, Sofia, después de todo—declaró Ondarza, llevándose una aceituna a la boca.

—Así parece, sí—respondió la joven señora. Ensimismada y displicente se tornó, a partir

de aquel momento. Sentía un amargor de lágrimas. Se consideraba ofendida y desdenada. Ni una palabra, ni una mirada «tuvo» para ella, fuera de las usuales, de pura cortesía. Olvidándose de su orgullo, acompañada por Berta Güemes, con disimulo le persiguió por los salones de juego, por el *hall*, por la sala principal... El joven diputado se escabullía, inteligentísimo y discreto; ponía entre él y ella la barrera infranqueable de las conveniencias sociales.

Abrumada, al fin, por atroz enervamiento, quiso marcharse. Ni siquiera fueron parte a detenerla las cabriolas y gallardías del Vizconde de Tierras Negras, quien a la sazón bailaba con María Alcalá la *matchicha*.

Muda y desolada atravesó el jardín. Al subir en el auto que se la llevaba de aquel lugar de suplicio, se echó a llorar...

XXXVII

Daba la señora de Bringas la última mano a su tocado matinal, cuando resonó, muy cerca, el estampido del cañón. Irguió la frente, un tanto pálida, ante el espejo; leve contracción de espanto dislocó la serenidad triste de su rostro. Corrió al balcón. Otro disparo siguió al primero, en medio del estruendo de la fusilería. Escucháronse medrosos gritos en la calle; apresurados correteos. Después, silencio...

Era el domingo 9 de febrero de 1913. Los pronunciados atacaban en aquel instante la Ciudadela. Al cabo de largos años de tranquilo vivir, la capital de la República despertaba en plena barbarie. La extraordinaria falta de ci-

vismo que a las veces asoma en varios períodos de la historia nacional; la desenfrenada ambición, característica en la raza; el individual egoísmo, que nunca supo ceder ante las imperiosas exigencias colectivas; y, más que todo, el desconocimiento de sí propios, por parte de gobernantes y gobernados, que fatalmente ha conducido a la nación de catástrofe en catástrofe, a partir del momento en que gozó de vida independiente, culminaban ahora—después de luengos años de haberse recatado tras del antifaz—en una lucha fratricida, sanguinaria y cruel, en plena calle, sin respeto hacia los inocentes y los débiles; sin reparar en mujeres, ancianos y niños, que salían en pos de pan o de sano esparcimiento; ignorantes de que a la vuelta de cualquier esquina tropezarían con homicida bala.

La breve impresión de miedo hubo de atenuarse en Sofía. Tonificaba sus nervios el fragor de la lucha brutal. El combate interno, que desde su salida de casa de Berta Güemes, la víspera, se había desarrollado en su ánimo con brusquedades de tormenta, cedía el puesto a la sensación de lucha externa, que con él estaba en consonancia. Detúvose en mitad de la alcoba. Su garrida figura enlutada adquiría proporciones trágicas en aquel interior azul. Echando la cabeza hacia atrás, se llevó las manos a la nuca, cual si con rudo esguince quisiera repeler el dolor atenaceante. Y sonrió...

A poco entró don Miguel. Venía pálido, desencajado, balbuciente:

—¡Sofía, Sofía, ahora atacan la Ciudadela! Dicen que hay una porción de muertos y heridos... Otros regimientos se han unido a los sublevados... ¡Este es el fin del mundo, hija!

Sofía le consideró con desprecio. Nunca como

en aquel momento le había parecido más pusilánime, más insignificante. La vida toda del pobre hombre se sintetizaba entonces en su gesto, temeroso y anfiado, pese a las grises patillas y a los espejuelos. No alardeaba a la sazón de la energía, de la fuerza, del rigor de que hizo gala horas antes, al amanecer, con motivo del brutal desdén con que ella le recibió en la alcoba, apelando a toda su paciencia para no escupirle a la cara su rencor, su odio, en la desolación de su abandono y de su angustia. Tornaba a ser el mismo de siempre: el que todo lo olvidaba; el que lo perdonaba todo; el que ella hubiera podido pisotear, segura de que humilde, besaría la suela de sus botas.— Y se encogió de hombros...

—¡El fin del mundo, sí!—clamó Bringas.— ¡Y lo peor es que, si esto sigue, no sé cómo vamos a escapar! ¡Ay, Dios mío!—Seguidamente, advirtiéndole que su mujer permanecía inmóvil, sin pestañear, agregó—: Pero ¿no has pensado en qué profundo abismo estamos metidos?

—¡Y a mí qué me importa!—replicó Sofía, acentuando el gesto desdefioso de sus hombros. Comenzó de nuevo el estruendo de la fusilería; más fragoroso, más nutrido, en el esplendor de la mañana azul, embriagada de sol.

Bringas, nervioso, como si con los ojos buscara un refugio donde acogerse, declaró:

—Es urgente tomar algunas providencias. Hoy mismo nos vamos a un hotel, a otra casa, a cualquier parte... Nos largaremos de México, si se hace necesario...

—Te repito lo que ya dije... Por ningún caso saldré de aquí.

—¡No entiendo tu obstinación!

—¡Mejor que no la entiendas!—afirmó la señora, sentándose junto del balcón, con el rostro extático.

Creerfase que sus endrinos ojos, en aquel instante, miraban muy hondo, muy lejos...

¶ Salió don Miguel.

¶ ¡Qué significaba la muerte, cuando lo único que para ella revestía interés en el mundo lo había perdido! Alentaba el amor, victorioso, en plena bancarrota del orgullo deshecho. Durante la noche habíase debatido en el insomnio. Tenía la fiebre inextinguible de los sedientos; el ansia letal de los que hambre sufren. Y el ideal estaba muy alto. Jamás podría alcanzarlo, aunque se humillara. Nunca volverían a enlazarla los amorosos brazos; ni su boca, amargada por el dolor, se uniría a otra boca, la de las ternuras que todo lo endulzan... Mejor era morir; ¡oh, sí, morir!—Y sus labios sonreían, vagamente, misteriosamente, al presentir el horror de la tragedia que estallaba allí cerca; la furia de la guerra civil que, hermanándose con su angustia, amenazaba destruirlo todo, arrasarlo todo, trocar en ruinas y pavesas la ciudad ayer esplendorosa y amena, a semejanza de las antiguas, de placer y regalo, despedazadas por los bárbaros.

A la una arribó el ex senador don Manuel Ondarza y Perrín. Dirigiase a su casa de la Avenida Bucareli, cuando, ocurriéndosele con prudentísimo acuerdo que la tal, por su relativa vecindad con el lugar de los sucesos, dejaba de ofrecer garantías a su persona, se coló en la de sus amigos los Bringas, invitándose a comer, mientras, en vista del cariz que tomaran los acontecimientos, decidía si era del caso marcharse con la música a otra parte.

—Lo que siento—declaró, al sentarse a la mesa, a tiempo que afianzaba el sempiterno monóculo en el ojo izquierdo—, es que la pobre de Francisca, mi cocinera, me estará aguardando, azorada porque no regreso, y pensando

do que me han dejado por allí seco de un tiro...

En su turbación infinita olvidábase de su vieja ecuanimidad mundana, de su ingenio, de su elegancia, de su gracia. Pronto las recobró, o fingió recobrarlas, empero, al preguntarle Sofía, riendo:

—¿Hemos echado en sáco roto el valor, Manuel?

—No, Sofía; al contrario... Ahora precisamente decía a Julia que ha llegado el momento de que las gentes de paz, de orden, terciemos en estas sofoquinas revolucionarias, para acabar con ellas... ¡Es inaudito lo que pasa!

A continuación relató cómo, por la mañana, hubo de abrir los ojos al escuchar la voz de su criada—la pobre Francisca—, que tras de la puerta le decía: —«¡Levántese, señor don Manuel, que hay revolución!»—¡Se había acostado la víspera tan quitado de la pena, después de la sabrosa tertulia en casa de Berta! Más que de prisa se vistió. Pian pianito tomó el rumbo del Zócalo. Jamás se borraría de su memoria el espectáculo que la antigua Plaza Mayor ofreció a su contemplación. Vióla sembrada de cadáveres. La refriega entre los subleados y las tropas leales, ocurrida poco antes, había sido terrible. El Presidente Madero se encontraba ya en Palacio, al cual llegó en medio de las aclamaciones del pueblo. Según supo, habíase iniciado la «bola» en Tlálpam y en Tacubaya, al amanecer. Diezmados y en desorden los rebeldes se replegaron hacia el sur de la metrópoli, teniendo por objetivo—esto todo el mundo lo vió claro—la Ciudadela, donde de seguro se harían fuertes. Lo que a él le constaba era que el cuartelazo, aun siendo enorme, con lealtad por parte del nuevo comandante de la plaza y de sus tropas hacia el gobierno legítimo de la República, podría repri-

mirse. Así lo hacían suponer las medidas tomadas. Los jefes supervivientes de la sedición carecían de prestigio; y era indudable que la nación toda no dimitiría como tal, confiando sus destinos a los desalmados y ambiciosos que ahora, encerrados en la histórica fortaleza, amenazaban con hacerla retroceder a los tiempos en que sus destinos se hallaban a merced de la espada del primer generalote infidente.

—¿Lo cree usted?—interrogó Bringas, taciturno.

—Me parece probable. Al menos, así lo hace suponer la actitud bien definida de Huerta. Inmediatamente que tuvo noticia de lo acaecido, se presentó al Presidente de la República y le dijo, señalándole el Palacio Nacional: «El puesto de usted está allí.» Y se puso a su lado. Si, como buen soldado y como caballero, sabe mantener su palabra, nos salvamos...

—Yo me temo mucho que no, don Manuel—murmuró el viejo negociante, sombríamente, como si escrutara las lontananzas del pasado, cuando por los caminos, al grito de las facciones, se robaba y asesinaba al prójimo—. Usted y yo contamos ya más de medio siglo de vida; ¡y hemos visto tantas cosas! Estas que ahora ocurren traen siempre «cola», amigo...

—Pues, si tal vemos (que a pesar de mi optimismo, mucho también, como usted, me lo temo), el país se hundirá en un caos de revoluciones devastadoras—. Y añadió, suspirando—: ¡Tierra de rebeldías y motines fué siempre ésta, digan lo que quieran los libertarios de cerebro hueco! En treinta años, los había olvidado. La despertaron de su sueño, ¡y quién sabe cuál sea el epílogo!

• Todos guardaron silencio. La claridad de la tarde penetraba por las grandes ventanas. Julia, demacrada e inmóvil, tenía las pupilas fijas

en la albura del mantel. Igualmente meditabunda Sofía, deshojaba con los dedos de la ensortijada diestra un geranio que había caído de la bandeja de plata repujada que ocupaba el centro de la mesa. Sus ojos se animaron, sin embargo, de pronto, con irónica expresión; y dijo a Ondarza:

—Es extraño verle a usted ahora tan gobiernista...

—Gobiernista lo he sido siempre, señora; si por ello se entiende el sujetarse a la autoridad de un gobierno, sin detrimento de las propias ideas, que siempre han de permanecer en estado de tales, cuidando de no degenerar nunca en rebeldía... Bueno o malo, cualquier gobierno es mejor que la más brillante de las asonadas. Si por algo México sufrió durante tres cuartos de siglo la horrenda epidemia revolucionaria, es porque poquísimos mexicanos—ya que todostra en la indisciplina en la sangre—han llegado a comprender esa simple verdad... ¡Sería inconsecuente, pues, con mis propias opiniones de hombre honesto, si ahora, con toda mi alma —aunque no sea yo, en lo personal, su amigo político—, no me pusiera del lado del Jefe de la Nación, frente a frente de la deslealtad de parte de un Ejército que no ha sabido cumplir con su deber!

Largo tiempo siguió la charla en el comedor abierto a la luz vespéral. Don Miguel traía a cuento dramáticas reminiscencias de su mocedad. Desarrollaba Ondarza con calor sus doctrinas humanitarias y pacifistas. A manera de amplio comentario de los tiempos que fueron, en sus relaciones con el presente, declaró:

—Culpa inmensa de nuestras desdichas la tienen los profesores de Historia. Han falseado a sabiendas la crónica de nuestro país. Nos han pintado otros distintos de los que somos.

Han engañado a las generaciones que llegan, ocultándoles los vicios del pasado, cuyo conocimiento bien pudiera ser útil para enmienda de lo porvenir. Y alimentadas por la horrible mentira, las generaciones nuevas crecen, ignorantes de que constituimos un país pobre (¡nuestra riqueza la poseen los extranjeros!), débil, sin unidad étnica, erizado de problemas, agobiado de vicios, y más que ningún otro necesitado de grande humildad para comprender y corregir las propias flaquezas. El día en que la vanidad nacional desaparezca, barrida por la cultura; el día en que seamos laboriosos, modestos, serios, y en que pensando que somos los últimos aspiremos a ser los primeros, habremos construido Patria grande...

Al cabo de un rato Julia se levantó de su asiento, y desapareció, como una sombra.

No tardó en seguirla Sofía.

Cuando, a eso de las cinco, se despidió el antiguo senador, la morada quedó en silencio.

Rompieron éste, al fin, nuevos cañonazos. No los escuchó Sofía. En su alcoba, sentada frente del balcón, conservaba ahora el propio extatismo enigmático de por la mañana, con los ojos muy abiertos, ante el crepúsculo...

XXXVIII

Julia Bringas, alzando las fatigadas pupilas del libro en que leía, miró ante sí, como si buscara el esplendor del cielo abierto. Sus grandes ojos pensativos sólo encontraron, a través del enrejado de aquel estrecho ventanillo, las altas y blancas paredes del patio más humilde, más escondido de su casa. El cielo estaba au-

sente; muy lejano. ¿Existiría el cielo? Al preguntárselo, una suave, misteriosa tristeza pasó fugitiva por su alma...

Así como en las tempestades de la naturaleza las cosas más altas, ideales y delicadas, se confunden con las bajas y modestas, y la ramita del orgulloso pino y la flor de la trepadora madre selva descienden a unirse con fango y seroja en los torrentes que bajan de la montaña; de igual suerte en las tempestades de la vida se confunden las clases, mézclase lo de arriba con lo de abajo, y no hay señor ni siervo, ni tuyo ni mío, ni valladar que separe a los que antaño, en la obligada escala social, ocupaban sitios diversos. — No de otra suerte aconteció a los Bringas: desde las diez de la mañana del martes, al dejarse oír los primeros cañonazos, precedidos de hórrido estruendo de fusilería, el viejo negociante, con su familia, abandonó sus regias habitaciones para refugiarse en las oscuras y húmedas que de tales servían a los criados en los sótanos del segundo patio. Imposible había sido desertar del propio domicilio la víspera, durante la tregua que medió en la lucha entre pronunciados y leales. Imposible por la caprichosa obstinación de Sofía, quien se empeñaba en restar bajo de los muros que mañana acaso la metralla reduciría a escombros.

Julia suspiró. Las postreras claridades del día, tímidamente, iluminaban el patizuelo yermo. Raudales de polvo, que quizá se arremolinaba en la calle en densas tolvaneras, penetraban hasta los sótanos. El polvo olía a pólvora; posiblemente a sangre. Dominaba, a trechos, un silencio profundo; silencio de fatiga, epílogo de la destrucción y de la muerte. Pero tal silencio no era más que el paréntesis abierto entre el rugir de los cañones y el traqueteo lúgubre, obsesionante, de las ametrallado-

ras—. Y Julia pensó en la ciudad dolorida y triste; en los miles de hombres condenados a la extinción y a la ruina por las ambiciones de unos cuantos. Por su mente sobreexcitada irradió la visión de las vías desiertas, sembradas de cadáveres; de los puestos de socorro donde acaso un niño inocente entregaba el alma en brazos de los médicos afanados por amputarle algún lesionado miembro; de los soldados que a aquella hora, en la sala blanca del hospital, exhalaban el postrer suspiro, al amparo del gesto dulce y misericordioso de la enfermera desconocida... — Pensó en los hogares sin pan; sin pan porque el padre, que saliera a buscarlo, cayó herido por traidora bala, justamente cuando volvía, llenos de provisiones los bolsillos, imaginando la carita de júbilo que pondrían los chicuelos al verlo. Pensó en los enfermos, que irremediablemente estarían condenados a morir, faltos de medicinas. Pensó en los yertos cuerpos insepultos, que en presencia de sus deudos se pudrirían en la casa familiar, antes de ser trasladados a los panteones. Pensó, dolorosamente, en las viudas, en los huérfanos, en las madres sin hijos, en las enamoradas sin amor; en todas y cada una de las calamidades que traería aparejadas aquella guerra irrespetuosa y salvaje, brutalmente inhumana, dentro del recinto de una ciudad que se llamó civilizada. — Y en la mente de Julia, con caracteres tan vivos que parecían de fuego, se grabó la angustiosa pregunta: ¿Por qué?

«¿Por qué?» — preguntarían los ojos vidriosos e inmóviles de los cadáveres ensangrentados—. «¿Por qué?» — clamarían las pobres mujeres que lloraban la desaparición del marido o del hijo o del hermano—. «¿Por qué? ¿Por qué no vuelve papá?» — interrogarían, gravemen-

te, las boquitas de los niños huérfanos—. ¡Y mientras aquel *por qué* trágico de los desvalidos, de los débiles, de los tristes, de los muertos, llenaba los aires; mientras ayes, y sollozos, y miserias, y lágrimas, atronaban las calles solas, y las plazas destruidas, y los hospitales repletos, y los hogares de luto, los señores generales y los señores políticos, autores exclusivos de la obra nefanda, en el salón lujoso de la fonda o en el cómodo retiro del gabinete, hablarían, apurando a sorbos el *champagne* o fumando regaladamente el aromático puro, de la libertad, de la ley, de la gloria, de la patria!

Una amarga inconformidad con las cosas del mundo llenó el alma bondadosa, hasta entonces serena, de Julia Bringas. Inclino la frente, con los ojos húmedos de llanto. Semejante al batir de alas de invisible coro angélico, llegó en tal instante a sus oídos la frase inmortal; la tantas veces escuchada en boca de su madre difunta:

¡Dios te salve, María! Llena eres de gracia...

La servidumbre rezaba el rosario, al otro extremo de la estancia, de rodillas, guiada por la doméstica vieja, de cabellos grises, de trigoño rostro, que en tiempos arrulló a Julia en sus brazos, allá en el remoto lugar provinciano.

Se estremeció la doncella, como si de pronto, en la obscuración de su ánimo, penetrasen rayos luminosos de consuelo. Y como advirtiera que su padre, sombríamente, estaba sentado allí cerca, en una silla de «tule», levantándose ella le cogió por el brazo y ambos fueron a arrodillarse entre los criados, en tanto que afuera seguía resonando el estrépito de la ba-

talla, y el aire traía consigo la vibración del estallido de las postreras granadas.

Sofía, que en un rincón, sobre del desvencijado catre de la cocinera, se hallaba recostada, les vió ir. En la deshecha borrasca que a la sazón sacudía su espíritu, no culminaban los acentos de la religiosa piedad. Era para la atribulada dama aquel recinto como tétrica cárcel; y verdugos los que con ella moraban; y más que verdugos las aguerridas turbas uniformadas que en la ciudad sembraban desolación.— Trabajo, y no escaso, costó a don Miguel decidirla a que bajara a los sótanos, abandonando quizá para siempre las principescas habitaciones que ideó su fantasía vanidosa. En las primeras horas de la mañana había tenido Sofía larga entrevista por teléfono con Berta Güemes.—«No creas—hábiale dicho su astudiza amiga— que se trata de un cuartelazo sin consecuencias. El Ejército no es fiel, digan lo que digan; defeccionará y derrocará al gobierno. Lleva banderas desplegadas de ambición. Esto es, sencillamente, una mascarada trágica. Hoy mismo, por la noche, según me han dicho, serán aprehendidos todos los hombres adictos al régimen legítimo y fusilados incontinenti.»— Pasada la entrevista, torturó el alma de Sofía infinita turbación. Tal y tan densa era, que no se resistió ya a obsequiar los ruegos de su esposo. Con él hubo de descender, en compañía de la servidumbre y de Julia, a los tenebrosos sótanos. Mas no pronunció palabra; ni probó a mediodía de la improvisada pitanza; ni movimiento alguno hizo que revelara, en aquel lugar, su presencia. Guardaba sorda inmovilidad y mutismo. Ni siquiera la sacó de ellos el estrépito de un casco de bomba que, penetrando en el patio aledaño, fué a enclavarse junto a la puerta de la cocina, allí enfrente; ni tampoco el

formidable estruendo que, por haber sacudido la casa hasta sus cimientos, hacía suponer que la explosión de alguna granada la había dejado, a la hora presente, sin remedio inválida. El combate que durante todo aquel día se libró en el ánimo de la culpable, fué sin duda más recio y cruel que el que pávidas contemplaron las calles de México.

—Papá, papá, serénate, reanímate—dijo Julia, guardando entre las suyas las manos rugosas, cuando, una vez concluido el rezo, tornó a sentarse con el pobre señor ante el ventanillo abierto que mostraba el patizuelo poblado de las primeras sombras azulinas de la noche. Su buen ánimo de generosa había encontrado ya energías de confortación, y declaraba:—Debemos conformarnos con nuestra suerte...

Había cesado la lucha. Pesaba un hondo silencio. Lejano rumor de clarines vibró.

Julia pensó en Rosa María, que en tan crítico instante, de seguro, oraba por ellos en la inocente blancura de su celda... —Y dijo arrobada, como si su noble pensamiento, por encima de las negruras del presente, columbrara el azul curúleo del porvenir:

—Padre: si Dios quiere sacarnos de aquí con vida, iremos a que reposes tus últimos años en nuestra tierra de paz...

Y en la mente de la virgen se esbozó el paisaje lejano, el manso valle donde la ciudad natal dormía su sueño dulce y quieto.

—¿Me quieres, papá? ¿Estás contento de mí?

—Sí, hija mía; ¡cómo no había de quererte!

Merendaron tan sólo pan y leche. En el general aturdimiento, habíanse olvidado de reunir variadas provisiones.

Nuevamente Sofía se negó a probar bocado. A las ocho, en el rudo silencio de la noche, turbado a ratos por los gritos distantes de los cen-

tinelas, levantóse de la cama en que yacía, y se dispuso a ganar su alcoba.— En vano el señor Bringas quiso oponerse, alegando el enorme peligro de entregarse al sueño en las habitaciones altas, dado que la contienda se podría reanudar de un momento a otro.— Ella se apartó, con un mohín de enojo, y desapareció en la sombra...

La linda alcoba, de azul y blanco, diríase adormecida. Sofía encendió luz. Al tenue resplandor de ésta vislumbró una ventana desgajada por la metralla. Por el ancho boquete entraba el frío de la noche de febrero. No se inmutó Sofía. En su pálido rostro se pintaba la serenidad rígida de la decisión tomada en el curso del espantoso día de lucha interna, más cruel que la exterior.—Quería morir con él. Debía morir con él.— Las palabras de Berta resonaban ahora, con angustiosa estridencia, en su oído.

Ante el espejo, que reflejaba en su alinde la parpadeante llama de la palmatoria, con pos-trer coquetería envolvió su gallarda cabeza en negro chal.

Quería morir con él...

¿Cómo salió? Fué un sueño. El portero quiso detenerla, cuando, entreabierta la puerta cochera que abocaba a la calle de Versailles, pretendió cruzar el umbral. El ama, que maquinalmente había dejado bien cerrada la alcoba, como si preparase de antemano mañosa escapada, ordenóle que le dejara franco el paso, y hubo de recomendarle que guardase absoluta reserva con el patrón. Alelado, con la boca abierta, el pazguato la dejó partir.—Loca fué su correría por las avenidas desiertas. Patrullas de soldados esquivó, helada de miedo, recatándose en los quicios de las puertas, oprimiéndose el pecho con las manos, temerosa de

que se escucharan los tremendos latidos de su corazón. Y corría desalada... Corría, corría...

Al fin, bajo del cielo estrellado, encontróse ante la cuadrada mole de la casa de la calle de Medellín.—Ni una luz. Ni un rumor...—Llamó. Abrióle. Precipitóse por las escaleras de madera, que gemían lúgubrementemente a su paso.

La escena fué muda y dolorosa.

Jorge, henchido de compasión, de honda piedad por ella y por sí mismo, apretaba con sus manos la desordenada cabecita de aladares negros; y la besaba en los labios y en la frente, con besos desesperados y tristes, en aquella misma estancia familiar de los antiguos, delirantes colquios...

Cuando volvieron de su embriaguez, encontrábase en el amplio lecho. Depositaba ósculos de iris, en los cristales, la no sospechada mañana.

Ella quería quedarse. —¿Cómo volver a la casa que francamente había abandonado; más aun teniendo en cuenta que a estas horas habrían descubierto su huida?

Bazán, al oírla, se espantó. Domeñando a duras penas su pavor, a tiempo que se desenlazaba de los femeniles brazos desnudos, pudo replicar:

—¿Quedarte aquí?... ¿Y después?... ¡No, qué locura, nena!... Anda, levántate, vístete... Meneester es que te vayas... ¡Es tardísimo ya!... Mira: mejor nos veremos mañana, y entonces, con sereno acuerdo, se resolverá lo que convenga...

Todavía ella, mansamente, imploró. Quería quedarse; morir con él.

—¡Morir!—exclamó Jorge Bazán, sonriendo y atusándose los bigotes—. ¡Qué niña eres, mi reina!

Como no se escuchaban tiros y la noche fue-

se placentera, aquella mañana había amanecido optimista. En sus ojos azules había una grata conformidad con las cosas.—Alcanzó la cigarrera de la mesa de noche, en el momento en que Sofía saltaba de la cama, y, encendiendo un egipcio, añadió:

—Todo esto pasará, no te creas; me lo dice mi olfato, que en política es insuperable... ¡Un cuartelazo sin importancia! Colgaremos a los enemigos, y, dentro de una semana, o acaso antes, hemos de encontrarnos tú y yo, vivitos y contentos, en nuestro primoroso gabinete de San Angel... No hagas caso de los chismes de Berta...

Mientras Sofía, mal de su grado, procedía a vestirse, el joven diputado, en camiseta, con los ojos fijos en el techo, inmóvil el cigarro entre los dedos, analizaba concienzudamente la nueva y peliaguda situación amorosa en que se veía ahora metido, por culpa de los dramáticos sucesos a que dió margen la rebeldía de la soldadesca.—¡Córcholis! ¿Cómo podría al presente, después del acto de desesperada pasión de su antigua querida, deshacerse una vez más de ella?

Sofía, pasado un rato que consagró a rapidísimo tocado, hubo de acercarse, lentamente, al lecho.

—¿Te vas ya, amor mío? Te espero, pues, mañana... Muy formalita, ¿eh? ¡Cuidado con que vayas a olvidarte!

Y al estampar un beso en los pálidos labios no advirtió el reconciliado amante que en los ojos de la bella dama temblaban lágrimas y que honda expresión de amargura ensombrecía su faz.

Cuando percibió el zurrir de la escalera bajo las pisadas de Sofía que se iba, el futuro autor de *El desarrollo de la idea democrática a tra-*

vés de las edades de nuestra historia botó la humeante colilla, y, calmoso, fatigado, arrebuñándose de nuevo en las mantas, se dispuso a conciliar el sueño...

XXXIX

La vieja fámula, descendiendo azorada por los peldaños que a la achaparrada estancia de los sótanos conducía, gritó:

—¡Niña! ¡Niña! Venga usted, que la mata...

Julia alzó la frente, sorprendida. Rezaba a la sazón, de rodillas junto al lecho, sus oraciones matinales. Por la noche apenas si había dormido. Hacia las diez, como observara que su padre, temeroso de lo que suceder pudiera a Sofía, iba a subir a la alcoba, pretendió retenerle. Fué inútil. A poco volvía don Miguel, mudo y cabizbajo, asegurando a su hija que la señora continuaba encerrada, y que, a juzgar por el ningún rumor que se escuchaba, probablemente dormía. Por el filo de la madrugada consiguió Julia entregarse al sueño, y grande fue su sorpresa cuando, al despertar en el oscuro sótano, no vió allí cerca a su padre, ni a criado alguno, ni a nadie. Acordóse de las angustias de la víspera; no resonaba ahora estruendo alguno de contienda... ¿Dónde andaría papá? ¿Qué pasaba?

Densamente pálida, oyó el desmadejado relato de la sirvienta.

—No pasó la noche aquí... El señor estuvo en vela desde las cuatro... Juan, el portero, por más que quiso disimular el pobre, le contó al fin lo sucedido... Que quiso detenerla... que le rogó... que le dijo que mirara por el amo... ¡Y

nada; que por nada del mundo pudo impedir que se fuera!... El señor se puso furioso... La aguardaba tras de la puerta... Y entró hace poco... Entró cuando menos la esperábamos... Y la persigue ahora, pistola en mano... ¡Venga usted, niña, venga usted, que la mata!

Flaqueaban sus piernas; pero tuvo fuerzas para ascender por la ruda pendiente de su calvario.

Detúvose ante la cerrada puerta de la alcoba de la culpable. Los criados, en desordenado grupo, atemorizados, escuchaban.

Gran estruendo de muebles derribados. Una voz varonil que profería el vocablo infamante. Llanto lastimero de mujer. Después, silencio...

La femenina voz se dejó oír, al cabo, ronca de odio, feroz en su rabia de fiera herida:

—¡Tú lo sabías, sí, y tú lo toleraste! Tú sabías que Jorge era mi amante. ¡Te refregué la deshonra en tu cara maldita! Y, sin embargo, callaste; callaste y lo sufriste, porque eres un viejo puerco y lascivo... ¡Permitiste que me entregara al novio de tu hija; y ahora, después de tu cobardía y de tu bajeza, me pegas, y haces gala de honradez!... ¡Mátame mejor! ¡Mátame! ¡Sí, mátame, porque te detesto!...

La infamia culminaba, radiante, a la luz del día. Era como una fanfarria triunfal. Los criados vieron cómo el rostro de Julia, de tan livido, se volvía terroso. Vieron también que, ahondando un grito, corrió en dirección del *hall*...

Siguiéndola espantados, observaron cómo allí se detenía, en el momento justo en que afuera, en la maravillosa mañana, el fragor del combate homicida entonaba otra vez, bajo el sol, su canto salvaje de destrucción y de muerte.

Y no tuvieron fuerzas, ni ánimo, ni reflexión para contenerla. La virgen irguióse ante el an-

cho boquete que la vispera abriera una granada, despedazando, hasta reducirla a astillas, la puerta principal.

Julia desapareció, en el infernal concierto de la hecatombe. Iba muda, enloquecida de espanto, hacia la muerte, hacia el eterno olvido...

Cuando, momentos después, varios soldados la trajeron, ensangrentada y exánime, y la depositaron entre los escombros del *hall*, don Miguel, avisado de la catástrofe, llegó corriendo.

Ni una palabra; ni un gesto más, en el rostro enflaquecido de la mártir. Estaba muerta.

Sin voz, sin llanto, oprimía el viejo con sus brazos el inanimado cuerpo, a tiempo que sus extraviados ojos percibieron la silueta de la pérfida que descendía, medrosa, por la escalinata, hacia la difunta.

Y entonces Miguel Bringas, abandonando, hosco y mudo, el cadáver aun tibio; movido por la fuerza imperiosa del odio; temeroso de que le invalidara del todo el letal entorpecimiento que lentamente se iba apoderando de la mitad de sus miembros decrepitos, lapeló a los últimos restos de su energía para lanzarse sobre de la culpable, gritando, con desaforada voz, que no acertaba a acallar el formidable estruendo de afuera:

—¡Asesinal! ¡Asesinal!

Le traicionaron sus fuerzas. La apoplejía le fulminaba de pronto, aunque sin arrancarle la vida. Sus manos entorpecidas, paralizadas, no fueron capaces de oprimir, en un supremo y último esfuerzo, el cuello de la infiel.

FIN

